

### Lugares donde se calma el dolor

César Antonio Molina



Las ruinas de Pompeya con el Vesubio al fondo. Foto: Alberto J. Fuentes

Existen lugares donde dialogamos con el pasado y con los artistas que reflexionaron sobre esos rincones mágicos, espacios donde se detiene el tiempo y que el autor nos invita a conocer y a vivir con intensidad. El poeta, crítico y ensayista César Antonio Molina, desde su experiencia y emoción, rastrea un fascinante mapa de retiros para el sosiego, que empieza en la colina de Posillipo (el lugar que calma el dolor), frente a la bahía de Nápoles, para continuar por las ruinas de Pompeya y pasando por San Petesburgo, Pekín, Praga, Buenos Aires, Nueva York, Tánger, etc, siempre desde la perspectiva de los personajes que dejaron alguna huella a lo largo de los siglos.

Después de bajar de la boca soñolienta del Vesubio tiritando de frío, nos acercamos hasta Pompeya. La pequeña plaza en donde acaban, en un callejón sin salida, todos los caminos, está, como la primera vez que llegué hasta ella —hace ya más de tres décadas—, llena de trattorias y de kioscos donde se venden todo tipo de recuerdos. La primitiva entrada no conduce ahora al corazón de las ruinas, sino a otra más moderna. Allí expiden los billetes y distribuyen a los cientos de invasores que fluyen sin cesar. ¿Resistirán las piedras de las calzadas

esta otra lava? Afortunadamente estamos en un día de diario, en pleno invierno, y el caudal de gente es más moderado que en las fechas estivales. Entramos por la Porta Marina y continuamos por la recta y larguísima Via dell'Abbondanza, otrora la calle más transitada de la ciudad, flanqueada por numerosas tiendas, talleres y un conjunto termal. Sorteando a grupos de japoneses y guías que despliegan en el aire sus banderas nos quedamos solos, como perdidos, en medio de esta gran urbe. Entonces, Mercedes y yo, le vamos mostrando a Laura los

patios, las pinturas, las fuentes y abrevaderos, las personas petrificadas que yacen en urnas de cristal allí mismo donde fueron atrapadas y luego, expuestas a la luz de los flashes. Entramos en las casas y reconstruimos el atrium, el compluvium, las cubícula, el triclinium, la cocina, el tablinum donde se guardaban los archivos familiares.. Mercedes y yo tenemos la misma emoción que la primera vez, pero Laura lo va observando con otros ojos más incisivos. Sus preguntas son más científicas y menos sentimentales. Yo insisto en recordarle el paso del tiempo,

ella me pregunta de qué materia están re-vestidas aquellas figuras. Yo le hablo de los gestos, de cómo la naturaleza los ha dejado convertidos en esculturas. Ella insiste en saber si bajo esa "capa de cera" —como la de varios santos que hemos contemplado metidos en urnas en diferentes capillas de las iglesias romanas— aún conservan el esqueleto. Todavía es muy joven y desconoce lo que es tener nostalgia del tiempo propio y del ajeno. Yo estoy pensando más en el tiempo que me ha transcurrido desde que estuve aquí en otras ocasiones, que en el tiempo histórico en el que estamos detenidos. ¿Cuántas veces retornaré a Pompeya? Lo que le señalo a Laura es lo que ella debe ver cuando regrese, ya sola, para acordarse de que en aquel lugar estuvieron también sus padres, y que algo etéreo queda de ellos en ese ambiente.

Pinos y cipreses han crecido. Algunos los vi recién plantados. Las chatas columnas del foro, todas en hilera, siguen contemplando los bancos de piedra donde se sentaban los coloquiante. Ahora están convertidos en piedra pómez. El pequeño Coliseo de Pompeya no debió envidiar en griterío al de Roma. Pero yo no echo en falta aquella cascada de voces horribles, sino otras más amables y susurrantes. Todas mis anteriores visitas fueron en verano. Entonces, en medio de esta naturaleza que avanza entre las ruinas, oí a grillos y cigarras cantando bajo el gran sol. El frío los ha callado. También están en letargo mariposas y abejas. En una calle donde las medianeras de las casas no llegan a superar mi altura, allí donde hubo habitaciones llenas de vida, ahora veo crecer un pequeño campo de viñas muy bien cuidadas. En el primer Idilio de Teócrito viene la descripción de un niño encargado de un viñedo. Protegía las uvas de los zorros y ocupaba el tiempo muerto entretejiendo una hermosa jaula para cigarras con tallos de asfódelos que ajusta con carrizo. No hay zorros por aquí, aunque si yo viese esas uvas brotadas y

hinchidas de líquido, no hubiera dejado de arrancar algún racimo. En Grecia y Roma las cigarras eran animales de compañía. Una poeta griega de Sicilia, llamada Anite, a quien Meleagro une a las poetas Safo y Mero, escribió un epitafio para un saltamontes y una cigarra de su propiedad. Decía así: "Miro, la niña, en común sepultó al saltamontes, ruiseñor de los campos, y a la cigarra, huésped de la encina. Y gemía con llanto pueril, porque el duro Hades sus dos juguetes le había arrebatado". Las lágrimas de Miro, ese estupor infantil ante la muerte, quizá sean las gotas que el rocío posó sobre estos sarmientos. Otro poeta no sólo acusa a Hades de llevarse ambos insectos, sino que reparte las culpas entre el dios que raptó al "canoro masculino" y Proserpina, que se hizo cargo del otro.

Miro a Laura, también llamada Livia, y muy bien pudiera tener el mismo rostro que aquella otra niña de hace, nada menos, dos mil setecientos años. El gran Lafcadio Hearn nos recuerda que, mientras las muchachas lloraban por sus vivas mascotas, los niños griegos y, sobre todo, los más fuertes y rudos romanos, se dedicaban a capturarlas, igual que "los niños en Tokio atrapan hoy semts". Otros poemas denuncian semejantes prácticas: "Ya no me deleitaré cantando el canto que nace del rápido agitar de mis alas; pues he caído en las bárbaras manos de un niño. Inesperadamente me atrapó, mientras reposaba bajo las verdes hojas". En la antigua Grecia la cigarra era uno de los atributos de la Sabiduría. Las niñas, como Laura Livia, llevaban para sujetarse el pelo pinzas de oro con la forma de cigarras. Esta costumbre también se traspasó a Roma. "A nadie haces daño", dicen otros versos. Además las califican de heraldo del canto y de la melodía, semejantes a la lira, es decir, a la propia poesía. Así se expresa Meleagro comparando la cigarra con el dios Pan. "Cigarra locuaz, que cultivas la rústica Musa; / embriagada de líquidas gotas de rocío, / y que tañes, posada en la punta de un tallo,

la lira / con tus patas dentadas y tu tostado cuerpo, / canta, amiga, algo nuevo que guste a las ninfas silvestres, / a los sones de Pan tus notas acompañen, / y yo de Eros me salve y el sueño me rinda a la sombra / del plátano umbroso tendido al mediodía". Meleagro también presta su atención a una falena o mariposa como símbolo del amor y a un saltamontes: "Musa campestre y sonora / que mi pasión consuelas, que acompañas mi sueño, / humilde rival de la lira, nostálgico un aire / táñeme, frotando tus locuaces alas / con tus patas, y calme mi angustia, que insomne me tiene, / ese tu hilo melódico que hace olvidar a Eros. / Si me ayudas, mañana temprano he de hacerte un regalo/ de verde cebolleta con gotas de rocío".

(...)

La cigarra no sólo crea sonidos sino que bate el aire. La echo de menos. Noto su ausencia. Noto la ausencia de aquel sonido estridente y monótono, pasajero y extranjero, igual que yo, cuando era un joven veraneante. Y ahora, en pleno invierno, el silencio es más compulsivo, el más grande de los ruidos. ¿Se puede ser poeta sin haber librado alguna vez a una cigarra del peligro de su mudez?

(...)

Aunque el cristianismo sólo otorga alma a los seres racionales, no dudo que por entre estas calles, casas, palacios, templos y foros de Pompeya, no discurren también las de otros seres irracionales que nos hicieron tanta compañía. Y este silencio me inquieta porque es como si estuviéramos ya en la ultratumba y no vagabundeando por la ciudad de nuestro futuro. Grillos, cigarras, abejas, todos los insectos cantarines venid aquí, al invierno mío, a la primavera de Laura. Capte cada oído su diferente música, pero que exista ella para que existamos nosotros.

MOLINA, César Antonio. *Lugares donde se calma el dolor*. Barcelona: Destino, 2009, pp. 26-30

La publicación de este fragmento de la obra *Lugares donde se calma el dolor* ha sido posible gracias a la autorización de Ediciones Destino. Fragmento propuesto por Elisenda Murillo.